
La década cubana de Gilberto Bosques: glosas a su testimonio

Dr. Sergio Guerra Vilaboy
Universidad de La Habana

Cuba y México siempre han tenido vínculos históricos cordiales y de fraternidad muy grandes. Entre los cubanos y los mexicanos hay una simpatía histórica de acercamiento, entendimiento y solidaridad.

Gilberto Bosques

Mi primera aproximación a este tema data de 2007, cuando el entonces embajador de México en La Habana, José Ignacio Piña, que terminaba su misión en la Isla en una época convulsa entre nuestros dos países, provocadas por el gobierno derechista de Vicente Fox, me propuso la edición conjunta del enjundioso testimonio de Gilberto Bosques Saldívar (1892-1995) sobre su gestión oficial en Cuba. Me entusiasmó la idea, pues conocía su extraordinaria hoja profesional y la destacada labor que este representante mexicano, modelo de diplomático, realizara aquí entre 1953 y 1964, una etapa crucial de la historia cubana.

Ello dio lugar a la publicación de un hermoso folleto contentivo del vivido relato de este singular embajador mexicano, originalmente incluidas en el libro de Graciela de Garay titulado *Gilberto Bosques: el oficio del gran negociador*. La edición de ese cuaderno, una colaboración entre la Universidad de La Habana y el Colegio de Jalisco, se hizo en tiempo record gracias al historiador José María Muriá, entonces director de esta última institución, con sendos prólogos preparados por él y por mí.¹

¹ *Gilberto Bosques: Cuba 1953-1964*, Graciela de Garay editora. Notas introductorias de José M. Muriá y Sergio Guerra, México, El Colegio de Jalisco, 2007.

El inapreciable alegato de Gilberto Bosques sobre su misión diplomática en tierra cubana, iniciada en 1953 -después del ataque de Fidel Castro y sus jóvenes compañeros al cuartel Moncada-, se extiende hasta 1964, cuando pidió su relevo como embajador tras más de una exitosa década de labor ininterrumpida, poco antes de terminar el sexenio de Adolfo López Mateos. Según el mismo confiesa en su relato, conocía muy bien al presidente que gobernaría su país hasta 1970, Gustavo Díaz Ordaz, y presentía que no mantendría buenas relaciones con Cuba. Para Bosques, el próximo mandatario mexicano:

[...] no era un hombre de línea revolucionaria, sino todo lo contrario. Cuando fue electo, pedí mi retiro al presidente López Mateos “para no darle a Díaz Ordaz ni la oportunidad de que me pidiera la renuncia. Le manifesté claramente a López Mateos que no quería verme en el caso de colaborar con ese señor”.²

Como bien advirtió el sagaz embajador, las cordiales relaciones existentes hasta entonces entre México y la Revolución Cubana se deterioraron de inmediato con la llegada a Palacio Nacional del nuevo mandatario, periodo en el que bordearon la ruptura al revelarse por las autoridades cubanas, a principios de septiembre de 1969, las actividades de espionaje realizadas por el funcionario mexicano Humberto Carrillo Colón, caso al que alude Bosques en su pormenorizada narración:

Con Díaz Ordaz las cosas cambiaron. Entonces hubo resistencia y hostilidad encubiertas. Llegó a favorecerse el espionaje, con Carrillo Colón, que era consejero de la embajada de México en Cuba. Llevó todo un equipo para establecer estaciones transmisoras y receptoras, directamente conectadas con la CIA.³

Para comprender la significación de la labor de Gilberto Bosques, como máximo representante de México en Cuba, hay que tener presente que las relaciones diplomáticas entre los dos países no fueron interrumpidas por el golpe de estado de Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952, en virtud de la doctrina Estrada. No obstante, el embajador mexicano en La Habana, Benito Coquet, fue retirado poco después y durante casi un año su puesto estuvo sin cubrir.

² Ibid., p. 58.

³ Ibid.

La llegada al poder de Batista encumbrado, según describe Bosques, por “un grupo de altos jefes militares que le eran adictos, que le obedecían a cambio de prebendas y de grandes privilegios”,⁴ abrió una etapa de terror, autoritarismo y entrega sin límites a los intereses norteamericanos. El establecimiento de un régimen de esta naturaleza en Cuba no sólo tenía que ver con las ambiciones de una inescrupulosa y corrupta camarilla militar vinculada a Estados Unidos, sino también al clima macartista y de "guerra fría" que entonces imperaba.

No fue hasta mediados de 1953 que el gobierno mexicano, cediendo a los insistentes reclamos del régimen batistiano, por quien el presidente mexicano Adolfo Ruiz Cortines no sentía ninguna simpatía, según revela el propio testificante, nombró un nuevo embajador en la mayor de las Antillas. El seleccionado fue Gilberto Bosques, en ese momento acreditado en Suecia y Finlandia, quien, nombrado por Lázaro Cárdenas como cónsul de México en Francia, había sobresalido por la protección brindada a los perseguidos por el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial.

En 1943, tras la ruptura de relaciones del gobierno mexicano con el Reich hitleriano, Bosques fue arrestado en Marsella por la Gestapo junto al resto del personal del consulado y encerrado en una especie de hotel prisión en el propio territorio alemán. No pudo regresar a su patria hasta abril de 1944, ocasión en que fue recibido en la capital mexicana por una entusiasta multitud de refugiados españoles y judíos a quienes había salvado de caer en manos de falangistas y nazis.

Esos antecedentes personales, unido a su actividad en la Revolución Mexicana contra las dictaduras de Porfirio Díaz (1876-1911) y Victoriano Huerta (1913-1914), hicieron que el gobierno batistiano desconfiara del nuevo embajador de México. Como él mismo advierte, su llegada a La Habana fue “recibida con cierto escepticismo porque se me consideraba de izquierda democrática, tal vez frontal al régimen de Batista.”⁵

Llegué con esas marcas que trae uno consigo de la vida política, que lo caracterizan a uno más o menos, que lo sitúan a uno en cierta posición teórica y doctrinaria de tinte revolucionario, y no era yo precisamente la persona indicada para actuar en forma

⁴ Ibid., p. 32.

⁵ Ibid., p. 17

favorable hacia el régimen de Batista. El gobierno cubano dio el beneplácito porque ya habían solicitado hacía algún tiempo de manera reiterada que se cubriera ese puesto. Una vez logrado el nombramiento estarían dispuestos a admitir a cualquiera, y ese fui yo.⁶

El experimentado embajador ya conocía Cuba, donde había estado “un corto lapso en La Habana”,⁷ pues a fines de los años veinte organizó aquí una embarcación a Yucatán, para apoyar la rebelión de Adolfo de la Huerta contra el gobierno de Álvaro Obregón. Además, cultivaba la amistad con varios cubanos de izquierda exiliados en México en los años treinta, entre ellos Juan Marinello y Nicolás Guillén.

Bosques, que casualmente conoció en Estocolmo por un telegrama de su cancillería, la propuesta para ocupar ese alto cargo en la Isla el mismo 26 de julio de 1953, se presentó en la capital cubana cuando arreciaba la lucha contra la dictadura batistiana. Desde el principio, el embajador no ocultó sus simpatías por los revolucionarios cubanos y la admiración por Fidel Castro, que supo combinar hábilmente con el mantenimiento de los requerimientos propios de su condición diplomática. Como él mismo cuenta:

Tomé algunos días para pulsar la situación y los márgenes permitidos para evitar conceptos polémicos en el discurso de presentación de credenciales; pero sin hacer concesiones. Siempre manteniendo la posición de México, una postura democrática. En esos momentos la democracia era un punto muy delicado en Cuba, puesto que se había derrocado al gobierno constitucional de Prío Socarrás y estaba en el poder un dictador con todos los mecanismos militares de presión.⁸

Bajo la dirección de Gilberto Bosques, la representación de México en La Habana, como hace constar en el excepcional testimonio que comentamos, se convirtió en refugio seguro de muchos revolucionarios perseguidos por los cuerpos represivos de la dictadura de Batista después del ataque al cuartel Moncada, a muchos de los cuales salvó la vida a riesgo de la suya propia.

⁶ Ibid., p. 15

⁷ Ibid., p. 15

⁸ Ibid., p. 17

Al llegar a La Habana -dice el propio Bosques- asilé a participantes de aquella acción. Se agravó progresivamente la persecución enconada del gobierno batistiano y fue creciendo también el número de asilados. En algunos casos hubo dificultades para formalizar oficialmente los asilos. Hombres que habían de sufrir despiadadas torturas. Se asilaban, se les curaba. Al gobierno cubano no le convenía que llegaran a México presentando las huellas de esas terribles torturas y los relatos de la represión.⁹

Eso explica las constantes amenazas contra el digno representante de México y que las relaciones gubernamentales entre los dos países se fueran deteriorando en los últimos años del régimen batistiano, al que Bosques califica de corrupto y criminal: “El gobierno de Batista era cruel. En las estaciones de policía, digamos las comisarías, al triunfo de la revolución se descubrieron fosas privadas. La represión y la persecución se prolongaban incluso contra los asilados. Los acontecimientos en la embajada de Haití [en 1956 (SGV).] se produjeron por eso. [...] Una carnicería verdaderamente pavorosa”.¹⁰

La relación de Bosques con el régimen de Batista también se tensó por su protección diplomática a los revolucionarios cubanos y, muy en particular, por la amistad tejida con Fidel Castro, tras su salida del reclusorio de Isla de Pinos el 15 de mayo de 1955, quien visitó varias veces la embajada mexicana. “En las conversaciones que sostuve con él [...] - cuenta Bosques- me exponía sus planes que me parecían irrealizables por lo audaces e idealistas”¹¹ y lo alertó de los planes de la dictadura para asesinarlo: “Sabemos que se prepara un complot para matar a Raúl Castro, sacar a usted de sus casillas y aprovechar la ocasión para matarlo a usted. Yo creo que es urgente su salida del país. [...] No espere usted. Le damos inmediatamente su visa para México.”¹² Fidel Castro finalmente partió a México el 7 de julio de ese año.

La enhiesta postura de Bosques le granjearon todo tipo de intimidaciones, incluyendo la del criminal capitán de la policía habanera Esteban Ventura, principal responsable de la

⁹ Ibid., pp 19 y 20.

¹⁰ Ibid., p. 39. En el asalto batistiano a la embajada haitiana en La Habana, donde estaban refugiados jóvenes revolucionario perseguidos cayó abatido el 31 de enero de 1956 el general batistiano Rafael Salas Cañizares, jefe de de la policía. “Como represalia -cuenta Bosques- asesinaron a todos los que estab asilados y al personal de la misión.”

¹¹ Ibid., p. 29.

¹² Ibid.

masacre de Humboldt 7 ocurrida el 20 de abril de 1957, donde fueron asesinados varios dirigentes del Directorio Revolucionario. Este despiadado jefe policiaco se atrevió a amenazar con irrumpir en la propia embajada mexicana, violando la inmunidad diplomática, para llevarse un connotado asilado. “Le contesté -relata Bosques- que fuera; pero que no sería fácil entrar, que estaba yo armado y sabía tirar bastante bien y la defensa a tiros iba a ser formal y muy cierta. [...] La amenaza potencial estaba en el ambiente [...] se respiraba y había que hacerle frente de una manera enérgica.”¹³

Similar muestra de valentía personal dio el máximo representante de México cuando el embajador de Uruguay fue amenazado con una emboscada de policías vestidos de civil si conducía al aeropuerto de Rancho Boyeros a otro prominente asilado, a pesar del salvoconducto extendido para que pudiera abandonar el país. Enterado, Bosques pidió al Nuncio, en su condición de decano del cuerpo diplomático, que advirtiera a las autoridades cubanas que no parar el macabro plan, él “acompañaría al embajador del Uruguay para que en lugar de matar a un embajador mataran a dos”. [...] “Estas cosas -concluye su narración del episodio- dan idea de cómo estaba el ambiente que se respiraba, de inseguridad, abuso, amenazas de persecución, tortura.”¹⁴

En su fidedigno testimonio de la tiranía batistiana, el embajador mexicano dibuja el asfixiante clima político que imperaba en la Isla y lo compara con la dictadura fascista de Antonio de Oliveira Salazar en Portugal, país en el que representó a México de 1945 a 1949. Dice Bosques: “La represión del gobierno cubano era cruel, hasta extremos muy graves. Se mataba a las personas y se les colgaba a la salida de las carreteras de La Habana [...]”.¹⁵ Y en otra parte agrega: “En la época de Batista, el Servicio de Inteligencia Militar cubano, el SIM, estaba prácticamente manejado, dirigido y en sus decisiones, conducido por policías norteamericanos. La persecución era tan calculada y estrecha que daba la impresión de que las personas que caían en sus manos, si eran comunistas, iban a desaparecer.”¹⁶

Un lugar importante en su relato ocupa precisamente el tema del dominio de Estados Unidos en Cuba, que llamó mucho su atención, pues desde muy joven se había opuesto a

¹³ Ibid., p. 40

¹⁴ Ibid., p. 41.

¹⁵ Ibid., p. 45.

¹⁶ Ibid., p. 37.

la penetración norteamericana en su propio país. En 1914, siendo ayudante de maestro normalista, en una escuela primaria de la capital mexicana, solicitó licencia para ir a combatir voluntario a las tropas de Estados Unidos que ocupaban el puerto de Veracruz.

En tierra cubana, Bosques se sorprendió ante la desembozada influencia estadounidense. Cuenta que “la intervención de la embajada norteamericana era clara, enérgica, franca y visible y llegó a dominar el panorama cubano en todos los sentidos. En los asuntos de gobierno la injerencia norteamericana se hizo en muchos casos decisiva”.¹⁷

Esas consideraciones suyas dan fe del nivel de control económico conseguido por Estados Unidos en Cuba a mediados de los años cincuenta, cuando sus monopolios eran dueños de las mejores tierras, fábricas, bancos, minas, medios de transporte y de comunicaciones, así como de las principales instalaciones de infraestructura. En esos años, el capital norteamericano superaba los mil millones de dólares, controlando el 90% de los servicios de teléfonos y electricidad, el 50% de los ferrocarriles, el 23% de las industrias y el 40% de la producción de azúcar, mientras las sucursales de sus bancos poseían el 25% de todos los depósitos bancarios de la Isla.¹⁸

El peso extraordinario de la inversión de Estados Unidos en la economía cubana era mayor entonces que el de cualquier otro lugar del mundo. Por todas partes había muestras de su abrumadora presencia, reforzada con la presencia de centenares de miles de turistas norteamericanos. Con más de la mitad de sus tierras cultivables dedicada a la caña de azúcar, Cuba era entonces el primer importador latinoamericano de productos alimenticios estadounidenses, duplicando el monto de países más poblados como México, Brasil o Venezuela.¹⁹

Bosques describe con crudeza el panorama de la profunda penetración de Estados Unidos en la Isla y resalta el desmedido poder de los diplomáticos norteamericanos sobre las entidades y empresas cubanas, pues controlaban “de manera completa la compañía

¹⁷ Ibid., p. 18.

¹⁸ Puede consultarse Germán Sánchez Otero: “La crisis del sistema neocolonial en Cuba: 1934-1952”, *Los partidos políticos burgueses en Cuba neocolonial 1899-1952*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1985, p. 173.

¹⁹ Jorge Ibarra Cuesta: *Cuba 1898-1958. Estructura y procesos sociales*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1995, p. 79

eléctrica, teléfonos, algunas vías de comunicación, la aduana de La Habana”.²⁰ Para ilustrarlo menciona el caso de esta última institución: “El dominio de la embajada norteamericana sobre la aduana era efectivo. Una recomendación de esa embajada al administrador de la aduana era suficiente para suprimir todo trámite. Esa influencia era tan grande [...que (SGV)], abarcaba todos los aspectos de la vida cubana, los mercados, las oficinas, la cultura”.²¹ Además, sigue explicando Bosques:

La mercancía estadounidense dominaba el mercado cubano, hasta en los más pequeños detalles, como el pan diario, el vaso de papel encerado para los helados... Todo llegaba de Miami. Y la inclinación de cierto sector social a dar un valor superior a esos productos era palpable. [...].

La cultura norteamericana estaba en todas partes. El dominio económico era aplastante. Entre Miami y La Habana había unos veinte vuelos diarios. La gente iba a hacer sus compras allá. Los mercados de La Habana estaban montados al estilo norteamericano y vendían al consumidor habanero toda clase de artículos [...]. De modo que la penetración abarcaba hasta eso.²²

Por añadidura, recuerda en su relato, crecieron desmesuradamente los casinos y las apuestas ilegales, con marcada participación de la mafia norteamericana, que nutrían al régimen batistiano con generosos sobornos.²³ Este era uno de los negocios más lucrativos de la dictadura de Batista, en contubernio con renombrados gánsteres de Estados Unidos, que aspiraban a transformar el malecón habanero en una gran franja de juego, con la pretensión de superar incluso a Las Vegas, a lo que Bosques se refiere en su testimonio: “No solo existía el dominio de la embajada, sino también de las mafias de Las Vegas. Las grandes mafias que tenían las casas de juego en el Tropicana, en el Hotel Nacional, adonde llegaban los mafiosos a inspeccionar esa especie de sucursales”.²⁴

²⁰ *Gilberto Bosques: Cuba 1953-1964, op. cit.*, p. 34

²¹ *Ibid.*, p. 35

²² *Ibid.*

²³ Véase Oleg Darushenkov: *Cuba, el camino de la revolución*, Moscú, Editorial Progreso, 1978, p. 44. Más información en Enrique Cirules: *El Imperio de La Habana*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1999, p. 15 y ss.

²⁴ *Gilberto Bosques: Cuba 1953-1964, op. cit.*, p. 36.

El propio embajador mexicano expone en su exhaustiva disección de la asfixiante situación cubana a mediados del siglo XX, como todo ello terminó por incentivar el rechazo de la mayoría de la población a la ofensiva opresión norteamericana, estimulando los sentimientos patrióticos y nacionalistas, la reivindicación de los valores autóctonos, junto a una airada reacción popular. En sus palabras:

Todo lo opresivo fue creando situaciones de descontento, de rechazo inclusive, porque se lesionaban algunos intereses económicos nacionales. La penetración cultural norteamericana generó también sentimientos de rechazo en algunas personas que no se resignaban a acudir a la embajada norteamericana para ciertos asuntos cuya solución correspondía al gobierno nacional. Después hubo cosas tan flagrantes, tan ofensivas como la entrega al gobierno cubano de material de guerra en las plazas públicas.²⁵

Pero a la larga y ésta es una experiencia importante de anotar, la influencia fue tan fuerte, tan abierta y opresora, que fue creando una modificación del ánimo cubano respecto a los vecinos del norte.

[...] la penetración norteamericana se volvió tan absorbente que fue creando un estado de descontento, de desaprobación, hasta volverse de repudio. La actitud frontal que asumió la Revolución cubana frente a los Estados Unidos tuvo ese fondo, esa convicción colectiva del pueblo cubano, para encarar todas las dificultades que se presentarían después, hasta hacer un estado de conciencia adverso a toda intervención norteamericana.²⁶

Tras el triunfo de la Revolución, la actuación de Gilberto Bosques siguió siendo diáfana y los vínculos diplomáticos entre Cuba y México se caracterizaron por la máxima cordialidad y simpatías mutuas. Muestra de ello fue la solución de cualquier interferencia como las provocadas muy a principios de 1959 por el presidente Manuel Urrutia con relación al derecho de asilo.

El nuevo mandatario de la Isla consideraba, frente a lo estipulado por el derecho internacional vigente, que era el Estado cubano el que calificaba el asilo, mostrándose

²⁵ Ibid.

²⁶ Ibid., p. 35

dispuesto a cambiar o incumplir las convenciones para impedir que salieran del país personas que en su criterio no se lo merecían. A este controvertido tema dedica un gran espacio en su valioso testimonio el embajador mexicano, quien señala en relación con Urrutia:

No sé por qué un jurista, que fuera presidente del tribunal que juzgó [... a los revolucionarios sublevados en Santiago de Cuba el 30 de noviembre de 1956 (SGV)] y que sostuvo el derecho a la rebelión que la Constitución de Cuba otorga contra los poderes dictatoriales, formuló una teoría absurda sobre el asilo: la “Doctrina Urrutia”. Nosotros la rechazamos, porque planteaba la cuestión del asilo como un caso en que era necesaria la aprobación del gobierno y el acuerdo de la embajada asilante [...]. Era un disparate completo, que fue materia de oposición por parte de los embajadores de países signatarios de convenios sobre asilo [...].²⁷

Aunque Bosques no lo menciona, en realidad, fue el recién nombrado primer ministro Fidel Castro, en una comparecencia por la televisión cubana en el programa *Ante la Prensa*, publicada en el periódico *Revolución* el 20 de febrero de 1959, quien comenzó a resolver el problema de los asilados creado por el presidente Urrutia con los países latinoamericanos. En esa intervención pública, el máximo líder de la Revolución Cubana declaró que la salida de los refugiados en las distintas embajadas era un problema que debía resolverse considerando que quien calificaba la condición de asilado era el embajador, pues en su criterio, “Todo lo demás que se hiciera, crearía conflictos”.²⁸

Como bien comenta el propio Bosques, que desarrolla ampliamente sus consideraciones sobre este espinoso tema desde la perspectiva del derecho internacional: “Después que cayó Urrutia [el 17 de julio de 1959 (SGV)] y se nombró otro ministro de Relaciones [Raúl Roa] por cierto un hombre importante, se volvió al uso de convenios, acuerdos, normas, prácticas, etcétera, en vigencia y legitimidad.”²⁹

²⁷ *Gilberto Bosques: Cuba 1953-1964, op. cit.*, p. 51 y 52. En su recuerdo Bosques confunde el tribunal que presidió Urrutia que no fue el de Fidel en 1953, como el menciona, sino el que aclaremos en el texto y que sesionó cuatro años después de los sucesos del Moncada.

²⁸. “*El triunfo o fracaso lo es también del pueblo. La más larga comparecencia Ante la Prensa*”. En *Revolución*, La Habana 20 de febrero 1959. Conferencia de Prensa Primer Ministro, Fidel Castro. AHCECUBA, p. 1 y 2.

²⁹ *Gilberto Bosques: Cuba 1953-1964, op. cit.*, p. 51.

Un hito memorable de la misión de Gilberto Bosques en La Habana se produjo cuando arreciaba el cerco de Estados Unidos, que pretendía el aislamiento diplomático de Cuba con su expulsión de la Organización de Estados Americanos (OEA) en la VIII conferencia de cancilleres, reunida en Punta del Este (Uruguay) a inicios de 1962. El embajador mexicano tuvo un papel relevante en la histórica decisión de su país en esa reunión anticubana, pues abogó ante su gobierno para que no cediera a las presiones de Estados Unidos y de la propia derecha mexicana y votara en contra de la resolución de la OEA que buscaba la expulsión de Cuba. Según el mismo cuenta:

Tuve una larga plática con el presidente López Mateos, que duró más de tres horas, en la que se analizaron los diferentes aspectos de la cuestión, desde el punto de vista jurídico, en cuanto a las obligaciones en derecho internacional, al Tratado de Río y el texto de la proposición y sus consecuencias. [...]

Pero considerando el punto de vista moral, yo le decía: “Vamos a ser unos cainitas [en alusión a Caín (SGV)] más entre todos esos cainitas que se están congregando para agredir en esta forma a un país hermano que está en este proceso de transformación, de revolución. Nuestra actitud también podrá ser juzgada desde el punto de vista de la Revolución mexicana, de nuestras convicciones revolucionarias, de la dimensión histórica de nuestra Revolución.” [...]

Al respecto dije al Presidente López que se debía ver también el punto de vista histórico: ¿qué iba a quedar en la historia de nuestra actitud? ¿Cómo había que defender la imagen histórica de nuestro país? Debo decir con toda sinceridad y verdad que el presidente López Mateos tenía la inclinación manifiesta de defender a Cuba.” [...]

No fue un voto de abstención -lo que hubiera representado una actitud indecisa o elusiva de una responsabilidad-, sino de compromiso, como es un voto negativo o afirmativo. [...] Nuestra actitud soberana tuvo una consecuencia muy positiva: fortaleció la posición de Cuba.³⁰

El 31 de enero de 1962, con la complicidad de la inmensa mayoría de los gobiernos latinoamericanos de entonces, que dieron su espaldarazo siguiendo las instrucciones

³⁰ Ibid., p. 55 y 56.

recibidas del gobierno de Estados Unidos, la OEA aprobó la expulsión de Cuba con la solitaria oposición de México. De los veinte países latinoamericanos que eran miembros entonces de esa organización panamericana creada por el gobierno norteamericano para servir a sus intereses, doce rompieron sus relaciones con Cuba antes de 1962 y de los siete restantes sólo México las conservó después de 1964.³¹

Desde la apoteósica entrada del Ejército Rebelde a La Habana, a Bosques le tocó vivir en la mayor de las Antillas muchos momentos épicos de la Revolución Cubana, como las dos leyes de reforma agraria y otras disposiciones populares al estilo de la reforma urbana, la campaña de alfabetización, la defensa nacional ante las agresiones armadas y atentados contrarrevolucionarios promovidos por Estados Unidos, la expropiación de las compañías extranjeras, la proclamación del socialismo, la victoria de Playa Girón, la crisis de octubre, el cambio de moneda y el inicio de la larga resistencia al inhumano bloqueo norteamericano contra Cuba, entre otros muchos acontecimientos que de alguna manera comenta o alude en su emotiva exposición. Como cierre de su invaluable y comprometido testimonio sentencia Bosques:

El hecho importante es que un país a noventa millas de distancia de la nación más poderosa de la tierra, pudo realizar una revolución y adoptar un sistema propio. Con ese resultado evidente se ha ido formando en otros países una conciencia de posibilidades, de capacidad latente para realizar una revolución social.³²

Precisamente, por la valiente labor desarrollada por el embajador Bosques durante la lucha contra la dictadura de Batista, y por su abierto respaldo, firme y constructivo a Cuba luego del 1 de enero de 1959, este singular diplomático de nuestra América gozó de gran respeto y afecto entre los dirigentes revolucionarios y de todo el pueblo de la Isla. De ello da fe una foto tomada en su despedida en 1964, en la propia sede diplomática de México en La Habana, en la que puede verse al embajador mexicano arropado por Fidel y Raúl Castro junto a Che Guevara, que aparecen sentados a su lado, y detrás de pie, los comandantes Juan Almeida, Ramiro Valdés, Faure Chomón, Efigenio Amejeiras, así como el canciller Raúl Roa, entre otras personalidades y dirigentes históricos de la Revolución Cubana.

³¹ Véase Ricardo Domínguez Guadarrama: *Revolución cubana: política exterior hacia América Latina y el Caribe*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013, pp 76-77.

³² *Ibid.*, p. 70.

La realización de este importante foro organizado por diversas instituciones de nuestros dos países dedicado al embajador Gilberto Bosques Saldívar, es un justo reconocimiento a un hombre que supo estar a la altura de su tiempo y desplegar, a todo lo largo de su intensa vida, una actividad diplomática ejemplar. La huella indeleble de este vertical representante de México ha quedado registrada en la historia como verdadero paradigma en las relaciones de amistad, colaboración y hermandad entre los pueblos de Benito Juárez y José Martí y constituye un valioso legado para las presentes y futuras generaciones de cubanos y mexicanos.

Bibliografía

Alcántara Janeiro, Andrea: *Fulgencio Batista (1901-1973): Cuba a través del personaje*, Tesis Doctoral, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2019.

Cirules, Enrique: *El Imperio de La Habana*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1999.

Cronología de la revolución II. 1959-1965, La Habana, Escuelas de Instrucción Revolucionaria del PCC, (1966).

Darushenkov, Oleg: *Cuba, el camino de la revolución*, Moscú, Editorial Progreso, 1978.

Domínguez Guadarrama, Ricardo: *Revolución cubana: política exterior hacia América Latina y el Caribe*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

Gilberto Bosques: Cuba 1953-1964, Graciela de Garay editora. Notas introductorias de José M. Muriá y Sergio Guerra, México, El Colegio de Jalisco, 2007.

Guerra Vilaboy, Sergio: *La Revolución Cubana. Un nuevo panorama de su historia (1953-2020)*, Uberlandia/Minas Gerais, Editorial Navegando, 2021.

Ibarra Cuesta, Jorge: *Cuba: Cuba: 1898-1958. Estructuras y procesos sociales*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1995.

Padrón, José Luis y Luis Adrián Betancourt: *Batista, últimos días en el poder*, La Habana, Ediciones, Unión, 2008.

Padula Jr., Alfred L.: *La caída de la burguesía: Cuba: 1959-1961*, La Habana, Ediciones Temas, 2019.

Sánchez Otero, Germán: “La crisis del sistema neocolonial en Cuba: 1934-1952”, *Los partidos políticos burgueses en Cuba neocolonial 1899-1952*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1985.

Zanetti: Oscar: *Historia mínima de Cuba*, México, El Colegio de México, 2013